

Estrellita

Jon Revilla Ocón

Estudiante de 4º de Enfermería. Universidad de Navarra

La primera vez que la vi fue una tarde otoñal en la que soplaban un fuerte y gélido viento que junto con la lluvia, que parecía enfadada, destrozaba los paraguas de todos los que estábamos en la entrada principal del hospital y que formábamos la “comitiva” de bienvenida de los nueve refugiados sirios que habían sido asignados a Navarra y que, como primer paso en España, después de su llegada dos días antes, estaba prevista la realización de un reconocimiento médico y así poder comprobar su estado de salud.

Al parecer, este era un acto importante para este hospital ya que junto al personal de enfermería, celadores y algunos médicos responsables de diferentes áreas del hospital, se encontraba el director del mismo, que con su traje y corbata parecía que quería dejar claro quién mandaba allí y que su única función en ese momento era poder aparecer en la tan esperada fotografía, que los reporteros gráficos pretendían realizar, recibiendo a los refugiados cuando bajasen del autocar y así poder estar presente en la prensa del día siguiente como ejemplo de integración.

En el momento en el que más fuerte era la lluvia apareció el tan esperado autocar, de él empezaron a descender esas nueve personas que desorientadas, no entendían por qué ese señor con corbata les sonreía mientras decenas de flashes de cámaras fotográficas les cegaban en mitad de la lluvia. Menos mal que eso duró poco tiempo y que en seguida entraron en el hospital.

De forma excepcional, ese día en el hospital, a cada refugiado le acompañaba un enfermero, además del celador de turno que se encargaba de la silla de ruedas, con el objetivo de que los refugiados se sintieran bien atendidos hasta llegar a la sala en la que el médico, junto con el enfermero acompañante, le haría el reconocimiento médico.

Sólo quedábamos en la entrada del hospital un celador y yo. De dicha entrada ya habían desaparecido todas las personas que habían estado unos minutos antes, el primero en irse fue el director junto con los médicos directivos, posteriormente cada pareja de celador y enfermero junto con un refugiado. Así fueron pasando y así los fui contando ya que a mí me habían asignado el noveno refugiado. Conté 1,2,3,4,5,6,7,8... ¿y el noveno? No estaba el refugiado número nueve. El autocar seguía parado, allí estábamos el celador y yo que nos miramos y nos encogimos de hombros. El autocar seguía con la puerta abierta pero no bajaba nadie y el

conductor del autobús estaba embobado escribiendo y leyendo en su teléfono móvil en lo que parecía ser una entretenida conversación de whatsapp.

Decidí entrar en el autocar, parecía vacío, fui recorriendo todas las filas comprobando que no había nadie. Seguí caminando y en la última fila sorprendentemente pude observar que dormía una niña de cinco o seis años abrazada a un osito de peluche al que le faltaba un ojo. Esa esquelética niña que llevaba un pijama, con dibujos del ratón Mickey, cuatro tallas más grande que ella, se despertó y asustada me miró y se abrazó a su osito de peluche fuertemente. Yo le sonreí extendiéndole la mano a lo que ella respondió con una sonrisa y sin mediar palabra, me cogió de la mano sin soltar a su osito de peluche y se levantó para así poder salir del autocar. Cuando empezó a caminar por el pasillo del autocar pude observar que el pijama le quedaba todavía más grande de lo que parecía y también vi que no llevaba nada en los pies, que estaba descalza, por lo que la cogí en brazos y la saqué del autocar para llevarla hasta la silla junto al celador y poder entrar en el hospital.

Ya dentro del hospital justo antes del reconocimiento médico intenté hablar con ella, decidí hablarle en inglés preguntándole por su edad, por su nombre....

Sorprendentemente me respondió en un inglés muy claro con muy buena pronunciación y pude saber que tenía seis años y que se llamaba Falak. Falak pasó la noche en el hospital y al día siguiente tuve la suerte de que me tocara entrar en su habitación. Justo cuando entraba, salía de la misma una compañera auxiliar que es Marroquí y me explicó que Falak es un nombre femenino en árabe relacionado con la belleza de la noche y que significa "estrella". Fue a partir de ese momento en el que a Falak la empezamos a llamar en el hospital "Estrellita".

Estrellita estaba sonriente en su habitación. Cuando le regalabas una sonrisa ella te regalaba una tormenta de sonrisas que iluminaba toda la habitación e incluso todo el hospital. Sus ojos estaban llenos de vida aunque escondían una mirada de profunda tristeza que contrastaba con la contagiosa sonrisa y la expresión de su cara.

Tuve la oportunidad de hablar con ella ese día, me contó que en Siria ella vivía feliz con sus padres y sus dos hermanos. Ella era la mayor. Que su padre era médico y que su madre enfermera y que hablaba así de bien el inglés porque iba a un colegio británico. También me contó que las últimas semanas fueron las peores de su vida, que toda la familia intentó huir del país, de la guerra. Que salieron en unas barcas desde una playa y tuvo la mala suerte de que sus

padres y hermanos fueron en una barca y que ella junto con unos amigos de la familia fue en otra.

Estrellita lloraba desconsoladamente cuando me explicaba que vio cómo se hundía la otra barca mientras la suya conseguía llegar al barco que le sacó del país.

Parece mentira todo lo que había pasado esa niña en su corta edad, a mí me dolía el alma solo de imaginarlo. Es por ello no le dejé que siguiese contando, pensé que lo mejor que podía hacer era darle esos cuadernos para colorear y las pinturas que le había comprado. Y así pasó el día Estrellita. Yo cada vez que podía pasaba por su habitación. Pero no era solo yo, varios compañeros de turno visitaron ese día a Estrellita porque decían que esa niña tenía algo especial, que radiaba bienestar, tenía luz propia, brillaba con luz propia nuestra Estrellita.

Así que fuese por lo que fuese Estrellita pasó el día pintando, coloreando y jugando con gran parte del personal de hospital que casi por turnos, cuando teníamos unos minutitos e incluso una vez terminada nuestra jornada, pasábamos por su habitación para poder seguir disfrutando de esa compañía, de esa luz, de esa Estrellita.

Al día siguiente, cuando volví al hospital, Estrellita ya no estaba, había sido dada de alta y me informaron que le habían asignado a un piso de acogida. Durante los siguientes días los compañeros hablamos de la transparente bondad que transmitía Estrellita y una compañera puso junto a la máquina de café la foto que le había hecho a Estrellita con su teléfono móvil, así podríamos ver su sonrisa cada mañana.

No volví a saber nada de ella hasta un año después, hasta un nuevo noviembre, hasta una nueva fría, lluviosa y horrible tarde otoñal.

Aquella tarde ingresaron en la UCI a una niña llamada Falak de siete años, yo llevaba seis meses trabajando en la UCI y aquel día estaba de guardia. Cuando leí la ficha y vi su nombre pensé ¿Será estrellita? y fui apresuradamente a su habitación. Allí estaba Estrellita. Al principio no la reconocí, estaba con los ojos cerrados, dormida, conectada a todo lo que se puede conectar una persona en la UCI y había perdido esa larga melena negra que lucía el año anterior dejando ver su cabecita desprovista de cabello, pero era ella, era Estrellita, nuestra Estrellita.

Estrellita no había tenido mucha suerte durante este último año. En realidad no había tenido nada de buena suerte o, mejor dicho, había tenido muy mala suerte. Le habían detectado un cáncer hacía unos meses, da igual qué cáncer. El caso es que esa enfermedad la estaba matando y ningún tratamiento había podido hacer nada para evitar que se encontrase en este momento en una fase terminal. Cuando yo fui consciente de ello salí de la habitación y fui al

baño porque no podía parar de llorar. Realmente he vivido esta situación terminal de la vida de adultos y de niños a lo largo de mi vida profesional en muchas ocasiones, sin embargo, con Estrellita era diferente. No era justo para esta niña, que ya había sufrido lo insufrible por causa de la guerra y que aun así sonreía, que la vida se le estuviese apagando cuando apenas había podido comenzar a vivir y que lo que había sufrido en su corta no lo sufriríamos la mayoría de las personas a lo largo de toda nuestra vida. En seguida dejé de llorar, pensé que mi función con todos los enfermos era intentar hacer que mejoren y que se encuentren lo mejor posible y en este caso con Estrellita me planteé que tenía que ejercer mis funciones de la forma más excelente posible.

Volví a la habitación donde estaba Estrellita y mientras ella dormía pude ver, en la bolsa entreabierta que habían traído con su ropa, que asomaba la mano del osito de peluche tuerto que llevaba la primera vez que la vi. Cogí el osito y en ese momento Estrellita abrió los ojos y me sonrió. Yo mordiéndome los labios para evitar volver a llorar le sonreí y cogiéndole de la mano, comencé a hablar con ella.

Estrellita tenía la voz cansada, sin embargo, me contó todo lo que había hecho este último año. Recuerdo cuando me explicaba cómo fue la cena de Navidad en el piso de acogida como los educadores sociales como si fueran su propia familia. Ella nunca había celebrado la Navidad y le encantó saber que unos señores reyes magos de oriente, “tan de oriente como tú” le habían dicho los educadores sociales, le trajesen regalos a ella y a todos los niños de España.

Me contó mil anécdotas y a pesar de su cansancio, sus ojos no dejaban de brillar y su sonrisa seguía iluminando con su luz toda la habitación igual que el primer día que la vi.

Por la UCI esos dos días pasaron a visitarla, sin molestarla ya que casi todo el rato estaba dormida, todos los compañeros del hospital que un año antes tuvieron la oportunidad de compartir unos minutos con Estrellita.

Fue al atardecer de ese segundo día cuando esta estrellita se nos fue. Yo tuve la suerte de pasar junto a ella los últimos minutos y recuerdo que lo último que me regaló fue lo mismo que me regalo el primer día que la vi. Me regaló esa sonrisa que brilla por sí sola y que lo ilumina todo.

Desde entonces todas las noches estrelladas, en el descanso del turno de noche en el hospital, subo a la azotea y miro al cielo porque sé que una de todas esas millones de estrellas es mi Estrellita y que allí se encuentra reunida con sus padres, sus hermanos e incluso, quien sabe si con su osito de peluche.